

Anne Brontë

La inquilina
de Wildfell Hall

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Tenant of Wildfell Hall*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsuarez.com

Imagen: © AGE Fotostock/Bridgeman

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-769-7

Depósito legal: M. 33.653-2019

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Prefacio a la segunda edición

Al tiempo que reconozco que el éxito de la presente obra ha sido mayor del que me esperaba, y que los encomios que ha suscitado de unos cuantos amables críticos han sido más superlativos de lo que se merecía, también debo dejar aquí constancia de que otros círculos la han censurado con una acritud que poco me habría yo imaginado, y que mi criterio, así como mis sensaciones, me aseguran que tiene más de amarga que de justa. Apenas es competencia del autor que se dedique a rebatir los argumentos de quienes lo reprueban y a vindicar su producción literaria, pero permítanme que haga aquí unos cuantos comentarios con los que habría prologado la primera edición de esta novela, de haber previsto la necesidad de tomar tales precauciones contra los malentendidos de los que la leerían con prejuicios o se contentarían con juzgarla tras echarle un rápido vistazo.

Mi propósito al escribir las páginas que siguen no era simplemente el de entretener al lector, como tampoco era el de complacer a mi propio gusto o ni siquiera el de congraciarme con la prensa y el público. Quería contar la verdad, pues la verdad siempre transmite su mensaje moral a quienes sean capaces de recibirlo. Sin embargo, como tan inestimable tesoro se esconde con mucha frecuencia en el fondo de un pozo, se requiere de cierto valor para sumergirse en él, sobre todo porque es probable que al que se atreva a hacerlo le acarree más burlas y

oprobio, por atreverse a zambullirse en el agua y el fango, que agradecimiento por la joya que de ese modo extrae; como, asimismo, es posible que la mujer que emprende la tarea de limpiar las habitaciones de un soltero descuidado reciba más improperios por el polvo que levanta que elogios por el resultado que consigue. No obstante, que nadie piense que me creo competente para reformar los errores y abusos de la sociedad, sino que tan sólo me gustaría aportar mi humilde contribución a tan buen objetivo, y, si consigo que el público me preste atención, prefiero susurrarle unas pocas verdades de provecho en lugar de un montón de tonterías amables.

Del mismo modo que la historia de *Agnes Grey* fue acusada de cargar las tintas de modo extravagante justo en aquellas partes que estaban cuidadosamente calcadas de la realidad, intentando evitar escrupulosamente cualquier exceso, en la presente obra me encuentro con que se me critica por representar *con amore*, «con un amor morboso por lo tosco, por no decir lo brutal»¹ las escenas que, me atrevo a decir, a mis críticos más exigentes no les costó tanto leer como a mí escribir. Tal vez haya llegado a excederme, en cuyo caso tendré cuidado de no volver a agobiarnos ni a mis lectores ni a mí de ese modo; aun así, mantengo que, cuando hemos de ocuparnos de vicios y personajes depravados, es mejor representarlos como son en realidad y no como lo que ellos quisieran parecer. Mostrar algo malo del modo menos ofensivo es sin duda el camino más agradable que puede tomar un escritor de ficción, pero ¿es el más honrado, o el más seguro? ¿Qué es mejor, revelar las trampas y dificultades de la vida al viajero joven e irreflexivo, o tapárselas con

1. Es lo que dijo la reseña del *Spectator* del 8 de julio de 1848. [Todas las notas de la presente edición son del traductor.]

ramas y flores? Ay, lector, si hubiera menos de esas delicadas ocultaciones de los hechos –de esos susurros de «paz, paz, cuando no hay paz»¹–, habría menos pecados y sufrimientos para los jóvenes de ambos sexos a los que no queda más remedio que extraer tan amargos conocimientos de la experiencia.

No quisiera que se supusiese que los actos del lamentable sinvergüenza y sus pocos compañeros libertinos que presento aquí pretenden ser una muestra de las prácticas habituales de nuestra sociedad. Se trata de un caso extremo, como esperaba que todos percibieran, pero sé que tales personajes existen, y si he conseguido advertir a algún joven imprudente de que no siga sus pasos, o he evitado que alguna joven irreflexiva cometa el mismo error tan normal de mi heroína, entonces no habré escrito el libro en vano. No obstante, si también ocurriese que algún lector honrado obtiene más desazón que satisfacción de su detenida lectura, y cierra el último volumen con una impresión general de desagrado, humildemente le ruego que me perdone, pues no era ésa en absoluto mi intención, y le aseguro que intentaré hacerlo mejor la próxima vez, ya que nada me complace más que proporcionar una sana satisfacción. Aun así, entiéndase que no limitaré mi ambición a lograr eso, o ni siquiera a producir «una obra de arte perfecta»: tal desperdicio de tiempo y talentos me parecería indebido. A los humildes talentos² que Dios me haya podido conceder intentaré darles el mayor uso; si soy capaz de entretener, a eso me aplicaré también, pero, cuando con-

1. Jeremías 8,11.

2. Al hablar de «talentos», Brontë se está refiriendo a la parábola de ese nombre que se narra en Mateo 25 y Lucas 19, con lo que da a entender que la creación literaria es una obligación espiritual.

sidere que tengo la obligación de decir una verdad desagradable, con la ayuda de Dios la diré, aunque vaya en perjuicio de mi nombre y en detrimento de la satisfacción inmediata de mi lector y de la mía.

Unas palabras más y habré terminado. Por lo que respecta a la identidad del autor, quisiera que quedase bien claro que Acton Bell no es ni Currer ni Ellis Bell¹, y, por lo tanto, sus defectos no deberían atribuirse a los otros dos. En cuanto a si es un nombre real o ficticio, no creo que importe mucho a los que sólo lo conocen por sus obras. Y diría que tampoco es de gran relevancia que con ese nombre no se designe a un hombre sino a una mujer, como unos pocos de mis críticos afirman haber descubierto. Me tomo a bien la imputación por lo que tiene de cumplido de que he delineado como es debido a mis personajes femeninos; y aunque me veo obligado a atribuir mucha de la severidad de quienes me reprueban a esa sospecha, no me voy a molestar en negarla, porque, a mi parecer, si un libro es bueno, lo es independientemente del sexo del autor. Todas las novelas se escriben, o debieran escribirse, para que las lean tanto hombres como mujeres, y no acabo de entender que un hombre pueda permitirse escribir algo que resulte verdaderamente vergonzoso para una mujer, ni por qué habría que criticar a una mujer por escribir algo que se consideraría digno y apropiado en el caso de proceder de la pluma de un hombre.

22 de julio de 1848

1. Recordemos que son los seudónimos masculinos con que las tres hermanas Brontë publicaron sus respectivas novelas.

Volumen primero

Al señor J. Halford

Querido Halford:

La última vez que nos vimos me relataste de forma muy detallada e interesante los principales sucesos de tu vida antes de que nos conociéramos, y, a continuación, me pediste que te devolviera tal muestra de confianza. Como en ese momento no me encontraba de humor para narraciones, rehusé so pretexto de que no tenía nada que contar y otras excusas por el estilo que sé que a ti te parecieron totalmente inadmisibles, pues, aunque cambiaste de inmediato de conversación sin quejarte, lo hiciste con aire dolido y con el rostro ensombrecido hasta el final de nuestro encuentro por una nube que, hasta donde sé, sigue oscureciéndolo, ya que desde entonces a tus cartas las distingue cierta frialdad y reserva, de tono digno y un tanto melancólico, que me afectaría mucho de acusarme mi conciencia de que de verdad me merecía ese trato.

¿No te da vergüenza, mi viejo amigo, a tu edad, después de conocernos desde hace tantos años y tan íntimamente, y cuando ya te he dado tantas pruebas de mi sinceridad y confianza sin quejarme nunca de lo que en comparación es tu actitud reticente y taciturna? Pero supongo que es lo que hay: tú, que de natural no eres muy comunicativo, pensaste que habías realizado toda una

proeza y me habías dado una muestra sin par de tu amistad y confianza en esa memorable ocasión –que seguramente habrás jurado que será la última de ese tipo–, y considerabas que lo menos que podía hacer yo a cambio de tan enorme favor sería que imitara tu ejemplo sin dudarle ni un instante.

En fin, el caso es que no he cogido la pluma para reprocharte nada, ni para defenderme ni disculparme por cualquier ofensa pasada, sino para compensarla en la medida de lo posible.

Hoy llueve a cántaros, mi familia se ha ido de visita y yo estoy solo en la biblioteca. He estado leyendo unas viejas cartas y papeles mohosos que me han hecho pensar en el pasado, así que en estos momentos me encuentro en el estado de ánimo indicado para entretenerme con una historia de antaño; y, después de retirar los pies, ya bien asados, de la placa de la chimenea, me he girado con la silla hacia mi escritorio, he endilgado las líneas previas al malhumorado de mi viejo amigo, y ahora me dispongo a hacerte un esbozo... no, nada de esbozos, sino el relato completo y fidedigno de ciertas circunstancias que guardan relación con el hecho más importante de mi vida, al menos antes de que te conociera; y, cuando lo hayas leído, ya veremos si eres capaz de acusarme de ingratitud y de tener contigo unas reservas impropias de un amigo.

Como sé que te gustan las historias largas, e insistes tanto como mi abuela en saber todos los particulares y detalles, no te los voy a ahorrar en absoluto. Mis únicos límites serán mi paciencia y el tiempo de que disponga.

Entre los papeles y cartas de que te hablaba estaba un viejo y desvaído diario mío, el cual te menciono para asegurarte que no sólo dependo de mi memoria, aun siendo ésta tenaz, y evitar que tu credulidad se vea muy

puesta a prueba al seguirme por los minuciosos detalles de mi narración. Empecemos, por lo tanto, de inmediato con el capítulo primero, pues va a ser un relato de muchos capítulos.